

cedientes de Caín. Poco a poco el hombre va conquistando y explotando la naturaleza, realizando así el programa asignado por el Creador: «Llenad la tierra y dominadla.» No obstante, el hombre goza ya desde el principio del discernimiento moral y de una clara percepción de las cosas, puesto que distingue la naturaleza de los animales y conoce su superioridad sobre ellos; aprecia la condición de la mujer y lo que va a representar junto a él; cosas todas que están por encima de la capacidad de un niño pequeño. En un texto lleno de alusiones al *Génesis*, podrá decir el Eclesiástico: «Les dió el discernimiento; les puso una lengua, ojos y oídos, y un corazón para pensar. Les llenó de un conocimiento inteligente y les enseñó el bien y el mal.» Si no hubiera sido así, ¿cómo explicar el duro castigo con que Dios sancionó su culpa?

Hay exégetas que, siguiendo a Teófilo de Antioquía, suponen que lo que Dios prohibió a nuestros primeros padres fué pretender un conocimiento superior a su capacidad intelectual, como, por ejemplo, aspirar a la ciencia que explica la razón última de la distinción del bien y el mal, de la bondad y la malicia de las cosas. El pecado de Adán y Eva habría sido un apetito desordenado de saber que les llevó a apropiarse una prerrogativa sobrehumana y a asemejarse al soberano legislador. Esto explicaría las palabras de la serpiente: «Si comiereis, seréis como dioses conocedores del bien y del mal»; y daría, además un sentido que Yahvé dice irónicamente ante aquellas ansias fallidas: «He aquí que Adán se ha hecho como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal.» Pecado de intelectualismo, que la mayor parte de los comentaristas rechazan, porque en él no se darían todas las circunstancias del relato.

Otros advierten que en la *Biblia* se expresa

la idea de totalidad, oponiendo los contrarios. Según esto, el árbol de la ciencia del bien y el mal sería aquel que da todo conocimiento. Por otra parte, sabemos que el conocimiento adquirido por nuestros primeros padres, después de la falta, implicaba una experiencia de orden moral: «Los ojos de ambos se abrieron y conocieron que estaban desnudos.» Se trata de una ciencia, no puramente teórica, sino experimental. ¡Y qué ciencia tan dolorosa! Sienten en sus cuerpos el desequilibrio interior, los efectos fatales de la desobediencia. Esta sensación les turba, inspirándoles sentimientos complejos, que hasta entonces ignoraban: vergüenza, temor, desconfianza, malestar, desnudez corporal y miseria espiritual. Y huyen de la mirada de Dios: «Temí, porque estaba desnudo y me oculté.» He aquí la ciencia nueva, una ciencia de orden moral y de carácter experimental. Ya San Gregorio de Nisa había dicho muy sutilmente: «La palabra conocimiento no parece que deba designar únicamente el puro saber, sino también una disposición interior con respecto a aquello que nos es agradable.» Según esto, conocer el bien y el mal sería permitirse todas las experiencias. Esta ciencia, dice un autor moderno, sería la ciencia que mezcla el mal con el bien, una conciencia combinada, asociada, cumulativa del bien y del mal..., la ciencia del pecado; una ciencia que se parecería a la que muchos novelistas contemporáneos, perversos reptiles, fomentan en el corazón de la juventud. Obrar mezclando el bien con el mal, gustar la fresa y la cicuta para poder decir como el héroe de Gide: «He querido morder todos los frutos que las ramas inclinaban hacia mí...; he tendido audazmente mis manos a toda cosa y me he juzgado dueño de todos los objetos que estaban al alcance de mis deseos.» Es decir, la libertad desenfundada, la autodeterminación,